



Lectio Divina

Domingo de Ramos – Semana Santa

Oración inicial:

Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles.

Y enciende en ellos el fuego de tu amor.

Envía tu Espíritu y serán creadas todas las cosas.

Y renovarás la faz de la tierra.

Oh Dios, que aleccionaste los corazones de tus fieles

con la ciencia del Espíritu Santo,

haz, que guiados por ese mismo Espíritu, saboreemos la dulzura del bien

y gocemos siempre de tus divinos consuelos. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.



Lectura

Del santo Evangelio según san Marcos (11, 1-10)

Cuando Jesús y los suyos iban de camino a Jerusalén, al llegar a Betfagé y Betania, cerca del monte de los Olivos, les dijo a dos de sus discípulos: “Vayan al pueblo que ven allí enfrente; al entrar, encontrarán amarrado un burro que nadie ha montado todavía. Desátenlo y tráiganmelo.

Si alguien les pregunta por qué lo hacen, contéstenle: ‘El Señor lo necesita y lo devolverá pronto’”. Fueron y encontraron al burro en la calle, atado junto a una puerta, y lo desamarraron.

Algunos de los que allí estaban les preguntaron: “¿Por qué sueltan al burro?” ellos les contestaron lo que había dicho Jesús y ya nadie los molestó.

Llevaron el burro, le echaron encima los mantos y Jesús montó en él. Muchos extendían con su manto en el camino, y otros lo tapizaban con ramas cortadas en el campo. Los que iban delante de Jesús y los que lo seguían iban gritando vivas: “¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito el reino que llega, el reino de nuestro padre David! ¡Hosanna en el cielo!” Palabra del Señor.



Nota para la comprensión del texto

Jesús entra en Jerusalén como un rey. La gente parece intuirlo y extiende los mantos a lo largo del camino, como era costumbre en Oriente. También los ramos de olivo, tomados de los campos y esparcidos a lo largo del camino de Jesús, hacen de alfombra. El grito de «Hosanna» (en hebreo significa «¡Ayuda!») expresa la necesidad de salvación que sentía la gente. Jesús entra en Jerusalén como aquel que puede sacarnos de nuestras esclavitudes y hacernos partícipes de una vida más humana y solidaria. Sin embargo su rostro no es el rostro de un poderoso o de un fuerte, sino el de un hombre manso y humilde.

Pasan sólo seis días desde la entrada triunfal en Jerusalén y su rostro se convierte en el de un crucificado. Es la paradoja del domingo de Ramos, que nos hace vivir al mismo tiempo el triunfo y la pasión de Jesús. La entrada de Jesús en la ciudad santa es ciertamente la de un rey, pero la única corona que le pondrán sobre la cabeza será de espinas. Los ramos de olivo que hoy son el signo de la fiesta, en el huerto donde solía retirarse a orar le verán sudar sangre por la angustia de la muerte.



Lectio Divina

Jesús no huye, torna su cruz y sube con ella hasta el Gólgota, donde es crucificado. Aquella muerte, que a los ojos de la mayoría pareció una derrota, fue en realidad una victoria: era la lógica conclusión de una vida gastada por el señor. Verdaderamente sólo Dios podía vivir y morir de aquel modo, es decir, olvidándose de sí mismo para darse totalmente a los demás. Y de esto se da cuenta un militar pagano. El evangelista Marcos escribe: «Al ver el centurión, que estaba frente a él, que había expirado de esa manera, dijo: 'Verdaderamente éste era Hijo de Dios'» (Mc 16, 39)



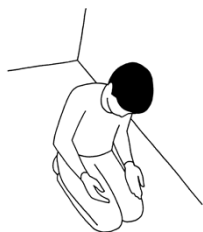
Meditación

El evangelio se mueve en el drama de la aceptación de Jesús y de su evangelio y el rechazo de su persona y de su Palabra. ¿En dónde me ubico? Es posible que en la misma experiencia de vida la fluctuación entre la aceptación y el rechazo de Jesús sea un hecho ¿cómo lo vives? ¿En qué momentos aclamas a Jesús y lo aceptas? ¿En que momentos prefieres verlo crucificado?



Oración

Alabo a Dios que manifiesta su grandeza en el drama de la Pasión de su Hijo Jesucristo. Pido perdón por los momentos en que me he identificado más con la turba expectante sin definirme ante la Pasión del Señor. Intercedo por los nuevos crucificados de la historia, los inocentes que sufren por causa de la justicia. Suplico a Dios me de conmoción interna al contemplar al Señor crucificado.



Contemplación

Permanece en silencio. Contempla. Escucha. Lee pausadamente el pasaje completo, centrando la atención en las palabras o frases que más te impresionan y repítelas en tu corazón. Pregúntate: ¿De qué modo incide este texto en tu vida? ¿Cómo te ayuda a interpretar este momento de tu vida? ¿Qué te invita a hacer?

Oración Final:

Gracias, Señor, porque al leer y estudiar tu Palabra nos invitas a seguirte con fidelidad. Tu mensaje ha dejado huella en nuestra mente y en nuestro corazón.

Fortalecidos por tu luz nos disponemos a hacer realidad cuanto tu Espíritu nos ha hecho comprender. Ahora, Señor, estamos preparados para vivir según tu voluntad.

Que tu Santa Madre, la Virgen María, Madre también de todos nosotros, sea nuestra estrella y guía en la misión de anunciar hasta el fin de los siglos la Buena Nueva a toda la creación. Amén.